

De aquí se deduce fácilmente la ausencia de relevo generacional, que queda ampliamente reflejado en los cuadros y gráficas presentados por el autor; en ellos se muestra que la edad media fue aumentando con el paso de los años, lo que significa que la organización sólo fue capaz de mantener en sus filas a personas que, mayoritariamente, habían sido socializadas políticamente antes de la guerra pero que, al envejecer, no podían llevar el peso de la organización. Tan dramática se fue haciendo la situación, que en 1968 no era posible nombrar un secretario general porque los posibles candidatos aducían que, dada su edad, no se podían permitir el lujo de volver a la cárcel. Evidentemente, esa misma falta de relevo generacional dificultaba la conexión con las nuevas generaciones que se incorporaban a la conflictividad colectiva, al tiempo que hacía más difícil encontrar –o sumarse– a las nuevas formas de actuar que se desarrollaron en aquellos años.

Muchos otros temas son analizados por el autor, como el cincopuntismo, las relaciones internacionales entre los anarquistas, etc. En conjunto la obra es de un gran interés porque por primera vez, con la metodología del historiador y al margen de la organización, tenemos disponible un análisis de la trayectoria de una organización excepcionalmente importante en la historia del siglo XX español.

Carme Molinero

José Luis Ledesma, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004, 362 pp.

De irracional, espontánea, “inundatoria”, homogénea o indiscriminada se suele tildar la represión en la retaguardia republicana durante la guerra civil, siempre según los preceptos analíticos o políticos del analista. Racional, parcialmente controlada, limitada, heterogénea y no dependiente tan sólo de factores exógenos a las comunidades locales es como fue realmente en la retaguardia zaragozana, según el brillante estudio de José Luis Ledesma. Un trabajo que es anticipo de lo que será sin dudas un libro de mayor amplitud territorial que podrá bajo la mirilla acusatoria los mitos desplegados desde 1936 en torno a la represión republicana. Un libro que, además, consigue resituar la violencia de retaguardia en la provincia de Zaragoza entre 1936 y 1938 tanto en los estudios científicos sobre la coerción y la represión en las guerras civiles como en el imaginario público y colectivo. El enfoque adoptado por el autor, del que aquí van a darse los rasgos preponderantes, desde luego facilita las cosas tanto para uno como para otro objetivo.

Lo que para muchas investigaciones es el punto de llegada, la cuantificación de las víctimas mortales de la violencia en una determinada región, es aquí más bien un punto de partida para analizar la violencia

republicana dentro de lo que el autor señala como triple contexto, aunque sería más bien cuádruple: el del despojo de la autoridad estatal republicana sobre la violencia ejercida desde el poder tras el golpe de Estado de julio de 1936; el de una guerra «en la que todos estaban forzados a elegir lealtades perentorias y sin matices»; el de una revolución en la que el «sincero antifascismo» se probaba mediante la implicación en los mecanismos de control político; y, como cuarto aspecto también destacado por el autor, el de la utilización de esa violencia como camino para asegurar y aseverar dicho mando, esa revolución, en unos momentos de «multiplicidad de poderes que se disputaban un poder en la revolución» (todas las citas, en la p. 306). El problema, sin embargo, que se afronta con este libro es mayor si cabe que el de aclarar los hechos, resituarlos y contextualizarlos: la dificultad mayor –lo que incrementa su utilidad– es superar los «mitos, anatemas y falsificaciones» (p. 20) que rodean este tema, y que han devenido en un «conocimiento sesgado e insuficiente», demasiado instrumentalizado para legitimar la dictadura franquista como para ser abandonado por una historiografía que, en los últimos tiempos, ha dirigido preferentemente su mirada al otro lado de las trincheras, para analizar la violencia franquista. El esquema interpretativo de poner en relación la violencia política en ambas zonas, sin embargo, además de ser demasiado permeable a justificaciones y retóricas, ha tendido a dejar la represión en el bando leal en un ángulo oscuro de «espontáneos orígenes y actores incontrolados» (p. 25), esto es, a no conocerla en su compleja realidad. Por ello, la propuesta del autor se desliga de los modelos teóricos demasiado planos

o descriptivos, para tratar de poner en relación la violencia republicana con las siempre resbaladizas teorizaciones sobre la violencia política y la acción colectiva, del mismo modo en que se huye de martirologios y legitimaciones retroactivas a la hora de afrontar el complicado tema de la persecución anticlerical (pp. 244-269). Una pretensión sobradamente cumplida a lo largo del texto, a la que solamente cabe hacer una apreciación: si acepta que «el contexto lo es todo en el análisis de la violencia política» o bien la observa solamente como laboratorio de una sociedad, se estarán dejando de lado las racionales y conscientes opciones personales sobre su empleo o no. Ledesma opta «ante todo» (p. 39) por un modelo político y de elección racional, y después investiga no sólo la violencia sino a sus actores, sus víctimas, sus raíces, sus consecuencias. Los rostros, las identidades, los miedos, las memorias. No solamente, por tanto, su utilidad política; no solamente los contextos donde se generó.

El nacimiento del caudal (no «inundatorio» sino con «notables diferencias locales», marcadas por el «grado de apoyo civil a la sublevación militar», p. 110) que arrastró a la muerte a 742 zaragozanos en la retaguardia republicana lo sitúa el autor en julio de 1936, si bien lanza su mirada hasta algunos años antes, no en la búsqueda de «causas» –un trabajo que a veces resulta simplista o determinista– sino para aplicar de modo útil el modelo teórico desplegado (pp. 91-95), encontrando a veces sorprendentes concomitancias con otros procesos revolucionarios y avanzando así en un modelo explicativo de los mismos (p. 241, para una desacreditación de la revolución durante la guerra civil como

una «rebelión de los más oprimidos»; p. 112 para una visión de las tensiones campesinas durante la República no como una «expresión de la miseria y el odio de clases» sino como «una lucha por mantener y conquistar el poder político que podía redundar en una mejora de las condiciones del campesinado»). De tal modo, una de sus virtudes consiste en mirar la represión republicana desde dentro de las localidades donde se ejerció, tras la llegada de las milicias y columnas que implantaron el nuevo orden social, la revolución, con fuego y pistolas; pero, asimismo, superar los estrecheces condicionadas por la mirada *micro* para hacerlas entroncar con (o bien cuestionar a) las *macro*. El marco local empleado en este libro, amén de servir para clarificar y despejar dudas acerca de la realidad tangible de la represión republicana y de los mitos contruidos a su flamígero paso, y de permitir una abrumadora utilización de la fuente oral (acumulando hasta 68 testimonios diferentes) ayuda a comprender, ante todo, la doble dimensión física y simbólica que tuvieron los fuegos revolucionarios, las muertes por represión, en la retaguardia republicana zaragozana.

A aclarar los mecanismos y fases de esa represión dedica el libro, a la postre, buena parte de su espacio, desde la búsqueda del desencadenante (la rebelión militar de julio de 1936, que «acabaría de definir» a los enemigos en todos los marcos, nacionales y locales, p. 111) a los motivos para que esa no fuese homogénea ni inundase todos los ámbitos de la sociabilidad por igual, ni en todos los partidos judiciales estudiados. A buscar por qué, en definitiva, en unos sitios había derramamiento de sangre y en otros

«junto a la revolución no crecía la hidra de la violencia» (p. 121). En este sentido, cabe decir que un ordenamiento cronológico de los argumentos, así como un índice temático y toponímico, habrían facilitado la consulta particular. La estructura de este exigente libro, en cambio, obliga a su lectura continuada y atenta para no perderse en los saltos hacia atrás, perfectamente justificados por otra parte, en los que el autor busca orígenes, marcos teóricos y posibles explicaciones. Algo que, desde el tercer capítulo, se deja de lado para mostrar dentro de una estructura cronológica que, al igual que en el resto de la zona republicana, la mayoría de las muertes avinieron entre julio y octubre de 1936, ante todo donde hubo mayor presión a favor de los sublevados y con condicionantes como el alejamiento o cercanía de la línea del frente. Y para mostrar cómo, tras una violencia «más o menos espontánea» derivada del «ambiente de impunidad», ésta no sería otra cosa que un «instrumento de la revolución y de los micropoderes surgidos del derrumbe del aparato estatal» (p. 145). Efectivamente, la violencia tuvo un considerable descenso desde el otoño de 1936 —entre otras cosas, el Consejo de Aragón, ubicado en Caspe, hizo un esfuerzo por hacerse con su monopolio—, con diferencias también entre localidades, ya que en aquéllas más cercanas al frente de batalla fue siempre más difícil controlar el ejercicio de la represión política (p. 192). Sin embargo, no era exclusivamente un control estatal, sino ante todo el control del poder, quienquiera lo detentase, el factor determinante para la reducción del número de asesinados. Y, además, la lógica de la violencia tampoco fue completamente apaciguada: tras el «cambio de signo» de la violencia, el

rebrote de los asesinatos tras la toma de Belchite fue el ejemplo postrero de que la sangre iba aparejada a la revolución; pero también de que, sin revolución por hacer, los asesinatos formaron parte de la implantación del poder y del control territorial en sus variables políticas, sociales, bélicas... y simbólicas.

Y es que los símbolos fueron pasto de las llamas revolucionarias porque se trataba de crear una nueva sociedad, una nueva ordenación de las cosmovisiones, abierta la oportunidad histórica por la reacción al golpe militar y la subsiguiente fragmentación del Estado. Por eso cayeron sacerdotes y se utilizaron iglesias como establos, comedores o salones sociales, se colectivizaron las tierras de los «fascistas» y se presionó sobre los «individualistas» en el marco de la nueva estructura económica y de la propiedad. Sin embargo, Ledesma huye de verbos y expresiones impersonales, y busca los rostros, actitudes, identidades y memorias de los revolucionarios y de sus víctimas. Y después propone sus conclusiones: la instrumentalización pública de la violencia en la zona republicana comenzó en 1936, precisamente durante el tiempo de su mayor apogeo, para hacer creer que aquélla franquista había sido, ante todo, reactiva y respuesta a la revolucionaria. Eso, sin embargo, se ve desmentido en el trabajo de Ledesma tanto en lo teórico (un ejercicio de aplicación de los postulados de Ch. Tilly) como en lo práctico, y tanto para el período republicano como para el bélico. No obstante, cabe señalar que el análisis peca en algunos momentos de unidireccional: que la conceptualización desarrollada sobre uno de los aspectos claves en este asunto, el del recuerdo colectivo de la violencia republicana,

tenga un marcado carácter impositivo (esto es, de arriba abajo) y no se adentre en los porqués de la generalizada aceptación de tal visión propagandística es útil para entender la instrumentación de la memoria por parte del poder dictatorial. No así tanto para analizar las lealtades generadas en quienes huyeron, sobrevivieron a la represión republicana, o fueron familiares, amigos, “camaradas” de sus víctimas.

Se trata, sin embargo, de una minúscula mácula en un estudio ante todo centrado en el análisis de la violencia, sus canales y sus efectos. Ledesma transcurre su camino desde las explicaciones antropológicas y sociológicas a las realidades cotidianas de la retaguardia. Y, desde luego, con un cuidado lenguaje y un más que correcto uso indistintamente de los acontecimientos particulares, sus fuentes y las categorías analíticas con las que entroncan, *Los días de llamas* se convierte por derecho propio en el libro de referencia sobre el tema, preludivo un deseado análisis sobre toda la retaguardia republicana que, a buen seguro, el autor sabrá llevar a cabo. Eso sí: el listón queda muy alto con éste su primer libro, y las expectativas también.

Javier Rodrigo

Cristóbal Gómez Benito (dir.) y Juan Carlos Gimeno, *La colonización agraria en España y Aragón 1939-1975*, Alberuela de Tubo, Ayuntamiento, 2003.

El duro debate generado por la tramitación, aprobación y puesta en marcha del Plan Hidrológico Nacional pone de manifiesto la importancia que